

LOS GUARDAESPALDAS DEL SIGLO XX

UN NUEVO OFICIO: EL DE GORILA

Unos gorilas arquetípicos: los que tenía el general De Gaulle en sus años de presidente.

EN Inglaterra florece actualmente una nueva industria: la de los gorilas. El interés por el mono y otras bestias suscitado por Desmond Morris en dos «best-sellers» («El mono desnudo» y el «Zoo humano»), no tienen nada que ver con todo ello: gorila significa aquí guardaespaldas a sueldo de un personaje. La prostituta Liz del Soho tiene un gorila; la reina Isabel tiene también uno. Entre los gorilas hay diferencias de sueldo (probablemente el de Liz gane más y se lo pase mejor que el de Isabel), de categoría social, de eficacia, etc., pero a fin de cuentas un gorila es siempre un gorila, independientemente del rango de la persona a la que protege. Los ingleses oyeron hablar por vez primera de los gorilas con motivo de las crónicas del escándalo Delon-Markovic y de los cómicos de Von Thadden. A muy pocos les pasó por la cabeza la sospecha de que este oficio fuera también bastante corriente en su país. Suponían que este tipo de «thugs» fuese privativo de ciertos países del continente. Y, sin embargo, cada otoño, cuando la escasa luminosidad del cielo comienza a favorecer las agresiones en plena calle, los gorilas se ven extremadamente solicitados, incluso en la tranquila Inglaterra suburbana.

He aquí el ejecutivo de mediana edad, con los nervios destrozados por el trabajo, obligado a realizar largos viajes al extranjero, obsesionado por las dudas sobre el comportamiento secreto de su mujer, todavía hermosa. El ejecutivo en cuestión se dirige a la agencia de gorilas, paga a un joven robusto para que proteja a la mujer, «no se sabe hoy en día», aunque, en realidad, lo que espera de él es que des-

cupra e impida el adulterio. «Tonterías —dice uno de estos «ojos privados»—; estos casos se nos presentan aproximadamente una vez al año y casi siempre terminamos en los brazos de la mujer en cuestión». Un poco como en «Besos robados», de Truffaut.

Está también el cantante «pop» que, aunque gana cientos de libras por semana, tan pronto como entra en una tienda se pone a robar (no puede evitarlo, es un viejo vicio). Entonces, sin que él lo sepa, su «manager» le planta a las espaldas un gorila. Cuando el cantante se dispone a meterse en el bolsillo una tableta de chocolate o un bolígrafo, el gorila, inmediatamente, se lo impide con oportuna violencia. Pero generalmente los ídolos «pop» y demás celebridades «swing» contratan a los gorilas para defenderse de sus «fans». Andrew Oldham, que lanzó a los Rolling Stones, tuvo durante algún tiempo como gorila a un londinense del East End, Reg King, que era experto de judo y karate. Los Rolling Stones han constituido una auténtica milicia personal llamada en broma «los ángeles de la muerte». Los porteros de la mayor parte de las salas de «jazz» y «pop» pueden considerarse gorilas por su físico imponente y sus funciones. El cantante galés Tom Jones tiene a su disposición un grupo de gorilas que recuerdan a ciertos cuerpos de policía sudamericanos.

En el mundo del «establishment» y de la política, los gorilas son suministrados por las diversas especialidades dentro de la policía. Hay una diferencia sustancial entre los gorilas públicos y los privados: mientras estos últimos no pueden, por ley, llevar armas, los primeros van armados, aunque no se admita

esto oficialmente. Su primer deber no es tanto eliminar a todo aquel que pretenda atacar a su protegido, sino interponer su propio cuerpo entre el arma del agresor y el agredido.

La reina y otros miembros de la familia real van siempre escoltados por un guardaespaldas por lo menos. El príncipe Felipe emplea más de uno debido a su acelerado ritmo de trabajo. Otros hombres políticos protegidos por la policía metropolitana son el primer ministro, Wilson; el ministro del Interior, James Callaghan, y el jefe de la oposición, Heath.

El conservador Enoch Powell contrata un gorila cada vez que excita a la opinión pública con sus ataques a los inmigrantes de color.

El hombre de cabellos bien peinados, bigote cuidado con precisión militar y ojos atentos y penetrantes que aparece casi siempre en el fondo de las fotos del primer ministro, es el inspector Gordon Fryer, de la Rama Especial de Scotland Yard. Nadie duda de que va armado (aunque a la policía inglesa no se le permite llevar armas).

En Inglaterra, un «duro», en la mayor parte de los casos antiguo púgil o luchador, puede costar cinco esterlinas por día o diez esterlinas por toda una noche. Puede costar mucho más si los honorarios comprenden una indemnización por peligrosidad. Hace dos meses, un comerciante que temía por su piel contrató a un gorila a 800 libras semanales; pero no pudo cumplir el contrato porque le mataron antes de que pagase. Está, finalmente, la tarifa por horas: cuatro esterlinas es lo que suele cobrar un gorila por cada hora de servicio.

¿Cómo se contrata a un gorila? Los «independientes» se encuentran

generalmente entre la gente del hampa. Pero existen también diversas agencias con una pátina de respetabilidad. Las más utilizadas son la Association of British Detectives, que dispone de cerca de 600 guardaespaldas, y el Barrymore Bureau of Investigation, que emplea ochenta gorilas a «full time».

Esta agencia está dirigida por un sabueso de treinta y siete años, John Cunningham, especializado en complicaciones matrimoniales, desfalcos, contraespionaje industrial, desahucios, etcétera.

El cuartel general de la agencia se encuentra en el verde barrio residencial de Streatham, y está dotado de un bello parque en el que cada mañana los gorilas de Cunningham hacen ejercicios gimnásticos para mantenerse en forma. Pero los dependientes de la firma no son contratados únicamente por su presencia física; han de familiarizarse con una serie de instrumentos profesionales, han de saber instalar circuitos cerrados de televisión, manejar máquinas fotográficas de rayos infrarrojos y minúsculos magnetófonos. Han de aprender a registrar, dirigiendo hacia los individuos vigilados micrófonos ultrasensibles, conversaciones que se mantienen a 400 metros de distancia.

La fascinación de este oficio radica en la extravagancia y variedad de los casos. Por ejemplo, cuando una comitiva de treinta jeques petrolíferos, acompañados por sus harenes respectivos, llegó a Londres en viaje de placer, fueron contratados unos cuantos gorilas para protegerlos de ciertas «call-girls» londinenses, algunas de las cuales, haciéndose pasar por damas de la aristocracia, habían conseguido introducirse en los harenes de los visitantes. ■ FRANCESCO RUSSO.

